

I.

—Qué hacer?—qué hacer cuando nada se desea, cuando nada se tiene; cuando nada nos entiende en la vida?—jugar? Eso sería mofarse del corazón—mofarse de la verdad; mofarse de Dios.

Llorar?—no se puede: en esta clase de infortunios no hay lágrimas—no hay dolores: solamente se siente un entrañable desfallecimiento de cuerpo y alma, que tiñe de oscuro todos los objetos que nos rodean, que desfiguraran los sonidos que escuchamos; que se vá señoreando en la sangre con una calma íntima, triste, y para morir.

Secos los ojos! secos como el polvo de la tumba que cubrirá bien pronto estas carnes! secos—y sin embargo—qué hacer? la nada que me rodea es horrible: yo puedo sentir todavía; yo venero el deseo que me agita de sentir:—por qué Dios no me dá estas fuerzas, ni el motivo que debe hacer nacer este jérmén? por qué deja que me vea morir, en una vejección lenta y sin consuelo? por qué; Dios mio! por qué?

Yo quiero evocar en mis grandes soledades, las vivacidades de mi cabeza, en otro tiempo tan vasta, tan impresionable, tan ardiente; yo trabajo, yo quiero volver á aquellos dias...—imposible! una sombra vaga y lenta, circunda mi frente; me acuerdo de todo: lo concibo todo: pero nada puedo realizar:—ni un pensamiento; ni un pensamiento, oh Dios, Dios! qué hacer? ah! qué hacer?—yo me abandono—yo dejo que se caigan mis brazos: que se seque en mi cabeza el húmedo y encantador aliento de la vida—yo me abandono: quiero la muerte.

.....
.....
.....
La muerte! y para qué? ni gozo, ni dolor me causaría—semejante á esos enfermos que han perdido el conocimiento de su mal, y el conocimiento de Dios; yo me siento inhabilitada para alcanzar la sensación en ese último momento grave, poderoso, y sin límites.

II.

Vengan las flores! vengan á embalsamar el aire, á coronar mi sien; á festejar mis ojos,

cansados de percibir sin ver ni gozar! vengan los colores, el aroma, la riqueza de las formas: la variedad que hace su mundo lleno de prestijios; todas estas cosas van á escitar mi imaginación, van á conmover mi pecho!

Aquí cerca del corazón—aquí en las sienes, tristes y doloridas—aquí cerca de los labios..... que yo las esté viendo por donde quiera que vuelva la mirada.....

Quiero verme reproducida; acaso feliz..... y en efecto las flores me han conmovido..... Empiezo á sentir y á comprender la extensión de la vida..... El porvenir! El porvenir! ese es el secreto de Dios!

MARCELINA ALMEIDA.